



El próximo domingo, día 11 de este mes, se celebrarán en toda España elecciones de diputados provinciales. Y apenas si se conoce que tales elecciones estén próximas. Una indiferencia general envuelve de antemano a ese próximo suceso, a esa anécdota de nuestra miserable vida pública seudopolítica, o más bien apolítica.

Explicase esto, en parte, porque el horno no está para bollos, y ante los problemas que la guerra—la guerra europea y la que se ha declarado últimamente a España—nos plantea eso de los diputados provinciales no es más que un bollo y no de harina de flor. A lo sumo de soma. ¿A quién, fuera de los interesados mismos, le puede importar, en la mayoría de los casos, el que sea diputado provincial este o aquel? Casi todos son iguales e igualmente innecesarios.

No sabemos bien por qué, mas es el caso que en la mayor parte de España no se les concede importancia alguna a las Diputaciones provinciales, de lo que se aprovechan, naturalmente, los que las mángean y ordeñan. Hace años, cuando se discutía en el Ateneo de Madrid aquella amenísima y en su tiempo famosa Memoria de si la forma poética está o no llamada a desaparecer, oímos a un humorista—creemos recordar que fué nuestro inolvidable amigo Zahonero—que la forma poética, al bazo, la hache, la Facultad de Farmacia y las Diputaciones provinciales están llamados a desaparecer. Y es precisamente ese descrédito de tales organismos lo que los hace aprovechables para los granjeros de la política provinciana al uso.

Nada protege más, en efecto, que el descrédito. Una institución, lo mismo que un hombre, completamente desacreditados, sostienen merced a su descrédito mismo. Como nada tienen, moralmente, que perder, pueden ganarlo todo en otros respectos. «¡Bah! ¡Esto no tiene remedio!» Esta frase es la empresa que adorna el broquel de muchos bellacos y de muchas bellaquerías. Y más aquí donde la cobardía de las llamadas gentes de bien las convierte en gentes de mal y del mayor mal que cabe.

Por todo ello pasarán estas elecciones, como han pasado otras de la misma laya y seguirán los mismos perros y con los mismos collares royendo los mismos huesos o mondándolos.

Pero aquí, en esta Beocia política—y ni a Beocia llega—que es la provincia de Salamanca, nos vamos a divertir un poco merced a uno que viene con buenas talegas y dispuesto a latir el cobre. Dados los antecedentes y las condiciones del sujeto hay una porción de honrados burgueses, de los que suelen quedarse en casa, que se llevan las manos a la cabeza y claman abominación. Se oye, por otra parte, execrar de la venta y compra de las conciencias, es decir, de los votos.

El voto no es precisamente lo mismo que la conciencia, y así como cabe que uno venda aquél sin vender ésta—aunque no sea lo corriente—, cabe también que al votar venda la conciencia sin vender el voto. Y en todo caso, peor que vender la conciencia es entregarla, y peor que entregarla es no tenerla. Y esto último es lo que pasa de ordinario.

Los escandalizados ciudadanos que nacen como que se asquean de esa compraventa de votos podían presentar frente a los traficantes de votos a otros ciudadanos que estimaran, íntegros y puros y austeros. Mas estos austeros ciudadanos no se resuelven a aparecer derrotados—según lo que en la indecente jerga de la politiquería se llama derrota—por hombres que no tengan otro crédito que el de sus talegas. Nuestros catones creen que es una mancha para su austera virtud el que los cresos obtengan más sufragios que ellos. Y es porque esos catones son inferiores, muy inferiores, moralmente, a esos cresos. La abyección de los ciudadanos prestigiosos, íntegros e incorruptibles es extrema. Lo que se llama la parte sana de la opinión es la más podrida de todas. La miseria moral de nuestros hombres «honrados», su mezquindad de espíritu, su cobardía, su holgazanería, sus bajas pasiones son evidentes.

Era natural, por ejemplo, que aquí, en Salamanca, ante el espectáculo ejemplar, ejemplarísimo, que se va a dar, fuere el partido que hoy detenta el Poder el que tomase una patriótica actitud presentando candidatura cerrada. ¡Pero que si quieres...! Cualquiera día se exponen estos pobres diablos, sedicentes liberales—que son aquí el colric de la insignificancia, de la insipiente y de la impotencia—a tener que gastarse dinero contra dinero—lo que estaría mal, muy mal—, o a aparecer derrotados, lo que estaría bien, muy





bien, y en lo único que podría hacerles empezar a existir.

Los más conspicuos se reservan, naturalmente, para más altas empresas. Eso de ser diputado provincial es muy poco.

Tenemos una idea muy triste, trístísima, de la actual política española, y muy en especial de la de los dos partidos turnantes; pero si juzgáramos de ella no más que por lo que aquí, en esta provincia y ciudad en que vivimos pasa, esa idea triste, trístísima, sería aún más triste, no habría calificativo apropiado para designarla.

Aquí no padecemos aquel caciquismo que, con acentos de profeta y de apóstol, execraba Costa. Aquí no conocemos al cacique ni bueno ni malo. El peor sería mejor, cien veces mejor que esto. Aquí dominan la impotencia, la tontería, la más horrible tontería, la suprema insignificancia, la insostenible vanidad. Aquí conocemos aquel partido de la tontería de que habló Treitschke, que es partido de perros de harelano y de perros mudos, pues ni ladrar saben. Alguna que otra vez intentan morder, sobre todo cuando padecen hidrofobia.

El más potente de los partidos que aquí hacen que hacen es un partido táctico, una especie de masonería espontánea, formado por elementos de todas procedencias de mote y que es el partido de la envidia, o sea de la tontería impotente y, por lo tanto, envidiosa. Y este partido busca a los homúnculos espiritualmente inexistentes para que lo representen. La mejor recomendación para él es la insignificancia y la ineptitud. Sus partidarios necesitan poder despreciar a aquel a quien eligen, y que sea su criatura y su juguete. Y lo eligen para eso, para despreciarlo.

En este horrible ámbito de almas esclavas—esclavas primero de sus propias bajas pasiones—puede operar libremente todo el que no ve en los otros hombres más que muñecos para su tinglado. Los muñecos de alma sierva necesitan un amo, le anhelan, y van en busca de quien les maneje y les domine y juegue con ellos. No es el afán de dominio del amo, es el afán de servidumbre del siervo lo que hace todo género de caciquismo.

La idea que debe tener de esta desdichada ciudad, en el aspecto del espíritu, el actual presidente del Consejo de ministros! ¿Lo que pensará de sus mesnaderos de aquí! De alguno de ellos sabemos bien lo que piensa.

Estos dedichados muñecos ni siquiera llegan a carboneros, no ya del liberalismo, mas ni del romanonismo. Porque podían guardar una actitud parecida a la del famoso creyente carbonero, y es que cuando les preguntaran: «¿Tú que opinas en política?», respondiesen: «Yo, lo que en ella opina el excelentísimo señor conde de Romanones»; y cuando les preguntaran luego: «¿Y qué opina en política el excelentísimo señor conde de Romanones?»; ellos: «Lo que opino yo.» Porque no es que no sepan, que no saben. lo que opina el conde—ardua empresa, por lo demás—, como el carbonero de marras no sabía lo que cree la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana, sino que, además, les tiene eso sin cuidado. El carbonero creía que lo que cree la Iglesia, fuere lo que fuere, era la verdad; pero éstos no creen que la política del conde sea la mejor, ni que sea política, ni eso les importa un pitoche.

Y así está media España y casi toda la otra mitad.

No podemos estar asistidos de la eutrapelia necesaria para tomar todo esto a risa y decir: «¡La cuestión es pasar el rato y rueda la bola!» A pesar de nuestra reserva de humorismos o, tal vez, merced a ella, aun nos indignamos. Porque hay que oír los comentarios que los apacibles burgueses hacen a este estado de cosas mientras se confiesan cobardes. No es ya el sanchopancismo, que es algo grande; no es el sansoncarrasquismo, con la socarronería; ¡no! Quien parece que rige y gobierna las almas es aquel D. Abundio, que inmortalizó Manzoni.

Pasarán estas elecciones como han pasado otras, y tendremos ocasión de comentarlas de nuevo, pero como cosa pasada.

Parece ser que el presidente del Consejo de ministros, manifestándose complacido de esta idílica calma, ha dicho que ni parecía que estamos en vísperas de elecciones. Sí, es para estar satisfecho. En Varsovia reina la paz y aquí la muerte. ¡Es un hermoso camposanto! No hay de malo, sino que los cadáveres hieden. ¡Mas, como ellos, los cadáveres, no se huelen unos a otros y menos a sí mismos...! Es la ventaja de un muerto, que como no puede morir se es inmortal.

Miguel de Unamuno.

